

“LAS CATRINAS” Y LA MUERTE

Por Héctor Ceballos Garibay

Es probable que detrás de estas mujeres elegantes, ataviadas con sus más lucidoras prendas, emperifolladas y ciertamente vanidosas, se encuentre, como uno de sus antecedentes, la “calavera catrina”, célebre grabado de José Guadalupe Posada en donde el artista reproduce la parte superior del esqueleto de una mujer, la cual despliega una sonrisa de boca entera y nos presume su gigantesco sombrero adornado profusamente de flores y plumas.

En efecto, nadie mejor que el genial José Guadalupe Posada para ilustrar, con su proverbial sentido irónico y crítico del acaecer humano, la forma lúdica y natural como ha sido concebida y recreada la muerte en la cultura ancestral y en el inconsciente de los mexicanos. Se trata, según lo ha demostrado Paul Westhein, de una tradición mítico-religiosa que heredamos del mundo prehispánico y que aún pervive en las comunidades donde el alma indígena se encuentra más arraigada y menos contaminada por la idiosincrasia moderna y por los rituales católicos heredados a raíz de la dominación española.

El concepto de muerte de los antiguos mexicanos no estuvo jamás asociado al temor que suscita el cese de la vida, ni tuvo nada que ver con la amenaza del infierno, tampoco se le puede relacionar con la noción de pecado o la creencia en el Juicio Final –un adoctrinamiento que nació y se propagó a partir de la expansión e imposición de la ideología católica durante la Edad Media europea.

Para las culturas precortesianas, por el contrario, la muerte fue siempre un suceso inseparable y consustancial a la vida, un fenómeno positivo y hasta halagüeño, a un grado tal que los más nobles y valerosos guerreros aspiraban a morir en la piedra de los sacrificios a fin de homenajear a los dioses y como un servicio en pro de la comunidad. En lugar de tenerle miedo a la muerte, de espantarse ante ella, de negarla y rehuirla, como solemos hacerlo los individuos del mundo moderno, los aborígenes americanos creían en la inmortalidad de los seres y de las cosas, se concebían a sí mismos como parte de la perpetua transformación cíclica de un cosmos indestructible, eterno y sucesivo, que nace y muere igual que la noche y el día, siguiendo los fatales ritmos de la indomable naturaleza.

Más que a la muerte, a lo que sí le tenían pavor las sociedades indígenas era a Tezcatlipoca, esa deidad temible, disfrazada de leopardo, que aparecía como un “espejo humeante” en donde se reflejaba la vida misma en su más cruda realidad: como el reino de la fragilidad y la inseguridad, como el predominio de

la incertidumbre y de las desdichas que asechan a todos los seres humanos. Y si eso le sucedía a sus ancestros, no debería sorprendernos entonces saber que las actuales poblaciones indígenas todavía le tienen más miedo a la vida que a la muerte, luego de haber padecido cuantiosos siglos de explotación y marginación, y debido a que continúan sumidas en la pobreza extrema y en la desolación absoluta.

Es en este contexto de realidades y tradiciones que debe ubicarse la actitud peculiar de los mexicanos ante la muerte, me refiero a esa facilidad con la cual, no obstante la ulterior imposición de los valores cristianos occidentales y el sincretismo a que dio lugar, podemos convivir, jugar y hasta burlarnos de la “pelona”. Las manifestaciones sorprendentes y hasta heréticas de esta convivencia gozosa con la muerte se constatan en multitud de prácticas comunitarias, las cuales aún forman parte de nuestra riqueza cultural: la utilización de las calaveras y los esqueletos en la vasta y variada producción artesanal mexicana; la invención de corridos, chistes, albures, refranes y de “calaveritas rimadas” con las cuales hacemos mofa de nuestros semejantes; y la fiesta del Día de Muertos, el 2 de noviembre, una fecha propicia para acudir a los panteones y para rendirle tributo a los difuntos con flores, viandas (panes, frutas y las deliciosas calaveritas de azúcar y chocolate) y ofrendas que derivan en una ceremonia más festiva que luctuosa.

“Las catrinas” constituyen una parte importante de este universo lúdico y satírico que honra y al mismo tiempo hace escarnio de la muerte. Forjadas en barro cocido, estas mujeres fastuosas y ostentosas son un producto espléndido de la imaginería de los artesanos, pues con el afán de ridiculizar la vanidad y el derroche femeninos no existe nada mejor que vestir a estas señoras de sociedad con infinidad de colores y formas, ya que todos sus lujos y su coquetería, su sensualidad y su soberbia no son suficientes como para ocultar el hecho fatal de que, finalmente, la muerte tarde o temprano acaba igualándonos a todos en una misma condición: seres sin carne y sin vida.